

Atisbos de mística en la poesía boliviana

Jaime Martínez Salguero

(Primera de dos partes)

La obra de arte es el resultado de un estado de exaltación espiritual, en el cual el artista alcanza un grado de iluminación, que le permite ver las cosas con profundidad y entrar en contacto con la belleza que llevan en sí. Por eso, al trasladar esa experiencia a la obra que realiza, se esfuerza en reproducir en ella la visión contemplada e introduce los valores aprehendidos en aquel momento, con lo cual conforma un hecho cultural viviente, pues ahí late la fuerza de un encuentro con lo absoluto de ahí que, al contemplar la obra artística solo se puede decir: me gusta o no me gusta.

Estar en contacto momentáneamente con lo infinito es una experiencia única, personal, que modifica al alma, la eleva y la purifica; cuando esa vivencia es conservada en la intimidad como un tesoro intransferible, da origen a la mística; otras veces busca ser transmutada a los demás mediante la obra artística, entonces, el autor se esfuerza en objetivarla y materializarla de alguna manera: palabra, color, forma, sonido. Cuando la convierte en obra de arte se da cuenta de que el resultado está lejos de lo contemplado: dentro de esa producción, está en alguna medida, el soplo de lo infinito: aquello capaz de impactar en el ánimo del observador, y, entonces, lo eleva espiritualmente.

Las obras de cultura, dice Max Scheller, pueden ser de un puro saber de formación personal o cuando alcanza un mayor grado de perfección y madurez, se convierte en un saber de salvación, porque el arte forma a la persona al ponerla en contacto con lo trascendente: con esto, le introduce nuevos valores, con los cuales madura y crece interiormente; cuando esos valores se convierten en impulsos invisibles le hacen despertar al gozo del verdadero amor; entonces, se convierten en fuerzas de salvación porque son capaces de introducir a la persona en un nuevo plano de existencia, donde la vibración del propio ser se completa con la infinita vibración de Dios.

El poeta es una persona sensible que analiza, mira y describe cuando se pone ante su mirada física, intelectual o espiritual; es decir, busca penetrar en el alma de la existencia, en el universo del espíritu donde se encuentra con la belleza, lo cual le abre las puertas de la contemplación de Dios.

Cuando hablo del poeta nombro al verdadero vate, no al diletante ni al adolescente enamorado, hablo del ser humano que ha elegido una manera de vida, que es la del buscador de la belleza y la sigue fielmente. Por eso, lo trascendente es fundamental para él, y no concibe la vida como un simple estar en la existencia, sino como un hacerse en ella. Marcelo Arduz dice:

Pero creer que estamos
en la vida solamente
para existir
... es de árbol
es de piedra.

El afán de construir la propia existencia proyecta en el hombre un eje existencial que sale de él y se proyecta al otro; en el caso del poeta suele extenderse hasta lo infinito. Por eso la búsqueda de Dios es uno de los temas de la poesía en general. En el caso de la poesía boliviana, varios son los poetas que han seguido esta ruta. Nora Zapata Prill, quien lucha



-Ángel. Remy Diaz

por encontrarlo en un camino de angustia y congoja, que mueve todas sus fibras, retorciéndola de tal manera, que la hace exclamar.

Oh Dios, cuántas cosas se hacen y se han hecho en tu nombre,

cuántas para traducirte,
cuántas manos para modelarte,
cuántos cirios buscando las razones que tiene la

materia
para
llorar
ardiendo
(...)

No ha sido nunca suficiente amarte desde lejos
Yo he estado siempre demasiado adentro de las cosas

como si todo fuera tuyo, y Tú, excepto el cuerpo, sus formas
su espejismo

En estos versos está la actitud del ser humano que busca a Dios, y lo quiere descifrar con la inteligencia o quiere atrapararlo por los caminos del arte, de la intuición, sin jamás lograrlo plenamente, porque el camino es otro. Para encontrarlo hay que amar, y la poeta así lo comprende, cuando afirma: "no ha sido suficiente amarte desde lejos", desde las cosas en las cuales estamos inmersos; desde la ciencia, que lo intuye lejano, como simple modelador del universo o desde los objetos materiales que oscurecen su presencia ante nuestro interés. Para ballarlo hay que introducir la semilla de su amor dentro de la propia alma y hacerla fructificar con el amor personal, que se alimenta con Él, que es Él, y, ¡Oh paradójica!, hace crecer el amor de Dios

en el hombre.

Tanto la poesía como la mística son capaces de producir hechos y dichos de amor del alma humana tocada por Dios, en un momento de éxtasis, por eso, el poema puede causar una conmoción espiritual en el lector o dejarlo indiferente, según el poeta haya sido capaz de transmitir en sus versos ese estado de excitación vivido o cuando no alcanza esa altura, y carece de fuego espiritual, habrá escrito únicamente cascabeles, más o menos sonoros, carentes de fuego interior.

Mística y poesía expresan la intensa emoción, el arrobamiento que siente el ser humano cuando Dios lo abraza tiernamente contra su pecho, en el momento del amor perfecto. Estoy hablando, claro, de los elegidos por el misterio del amor, de aquellos que han salido del campo de su conciencia de una manera inexplicable, e inexplicablemente han permanecido en su núcleo existencial, para gozar de esa extraordinaria felicidad, imposible de traducir en palabras.

El poeta esencial, profundo y puro, transportado a la iluminación en un instante perfecto, se junta con un resplandor de Dios porque lo ve bello y perfecto, de la misma manera el hombre de fe, aquel que la vive intensamente logra —en el momento menos pensado— sentir, y aún ver a Dios, con lo cual queda anonadado, embelesado en un estado espiritual inenarrable.

En nuestra poesía hay unos deslumbramientos de mística, y algunos estados más avanzados de contemplación.

Si pudiera habitar en Vos como en esta vestidura de gesticulaciones minerales inventando abismos y naufragios.

Si vencernos fuera tan fácil como batir banderas de piratas,
si descubrimos fuera tan fácil como derribar pirámides y lunas

no seríamos los pueblos sublevados a tu palabra despierta sobre el mundo.

(Pedro Shimose)

Es el deseo de alcanzar un objetivo, que se queda en puro anhelo, sin avanzar más. El uso del condicional: "Si vencernos fuera tan fácil..." así nos lo muestra. Es la actitud del creyente, que conoce el camino de la superación espiritual, pero no se decide a recorrerlo. Es la postura del hombre que admira un ideal, y sin embargo no se compromete con él, porque es necesario el esfuerzo, la disciplina interior para vencernos, y, alcanzada esa victoria por el camino ascético, poder unirnos con Dios.

Danielo Morales parte de otra posición, del impulso trascendente por antonomasia: el amor. Por eso ejercita la voluntad de buscar porque con esta actitud podrá alcanzar la anhelada visión de lo infinito. Fruto de esa experiencia es este trozo:

Abri cada minuto
colmado de tu aroma,
desentrañando al tiempo
en busca de tu ser.

(Continuará)